



PAULET.—En el ocio es cuando nos tienta el diablo.

ANA.—Escritos en francés.

PAULET.—Tanto peor. Es el idioma de los enemigos de Inglaterra.

ANA.—Cartas en proyecto á la Reina de Inglaterra.

PAULET.—Que yo le entregaré... ¡Hola! ¿Qué brilla aquí?

(Abre un resorte secreto, y saca una alhaja de un cajón oculto.) Una diadema real, de ricas piedras, adornada con las lises de Francia. (La entrega á su acompañante.) ¡Guárdala, Drury! ¡Ponla con lo demás! (Vase Drury.)

ANA.—¡La injuria y la violencia es nuestro patrimonio!

PAULET.—Cuanto posee, es un arma en sus manos.

ANA.—¡Sed, señor, compasivo! No os llevéis su última joya. La desdichada se recrea tan sólo con ese recuerdo de su antigua grandeza, ya que todo nos lo habéis arrebatado.

PAULET.—Hállase en buenas manos. Concienzudamente se devolverá á su tiempo.

ANA.—¿Quién creará, observando estas paredes desnudas, que habita aquí una Reina? ¿En dónde está el solio que cubre su trono? ¿Ha de hollar también su pie, acostumbrado á las alfombras, este suelo duro? Grosero estaño... que avergonzaría á la esposa del noble más insignificante... figura sólo en su mesa.

PAULET.—Así trataba ella á su esposo Sterlyn, mientras bebía en copas de oro con su amante.

ANA.—Ni aun espejo tenemos.

PAULET.—Mientras pueda mirar su imagen vana, no dejará de abrigar osadas esperanzas.

ANA.—Faltan libros, para solaz del ánimo.

PAULET.—Se le ha dejado la Biblia para mejorar su corazón.

ANA.—Hasta nos han quitado el laúd.

PAULET.—Porque se acompañaba con él en sus cantos amorosos.

ANA.—¡Tal es la suerte reservada á la que se crió siempre con delicadeza, reina desde su cuna, y viviendo entro todo linaje de placeres, en la corte voluptuosa de los Médicos! Basta que se le haya arrebatado su poder; pero ¿privarla de sus recreos más humildes? En las grandes adversidades toda alma noble aprende á conocerse mejor; pero es triste sufrimiento carecer hasta de las más insignificantes distracciones humanas.

PAULET.—Sólo ayudan á fomentar la vanidad, cuando lo conveniente es reflexionar y arrepentirse. Quien vive entre los deleites y los vicios, ha de expiarlos luego con la humillación y la miseria.

ANA.—Si en su más tierna juventud ha sido frágil, han de pedirle cuenta Dios y su conciencia. En Inglaterra nadio tiene derecho de juzgarla.

PAULET.—En donde delinqué, será juzgada.

ANA.—Lazos harto apretados la sujetan. ¡Delincuente ella!

PAULET.—Sin embargo, á pesar de esos lazos férreos, ha sabido extender fuera su brazo, encender en el reino la guerra civil, y armar contra nuestra Soberana, á quien Dios guarda, puñales asesinos. Desde esta mansión, ¿no indujo al malvado Parry y á Babington á cometer el más infame regicidio? Estas rejas, ¿le impidieron seducir el noble corazón de Norfolk? Por ella ha caído bajo el hacha del verdugo la mejor cabeza de estas islas... Tan ejemplar castigo, ¿ha escarmentado á tantos otros insensatos que por ella se han precipitado á porfía en el abismo? Por su causa, llenan nuevas víctimas los cadalsos, y esto no ha de terminar hasta que ella, la más culpable, sea también sacrificada... ¡Maldito sea el día en que esta Helena arribó á las costas hospitalarias de Inglaterra!

ANA.—¿Que Inglaterra le dispensó hospitalidad? ¡Desdichada! Desde el día, en que sentó su planta en este país,

suplicante, desterrada, implorando el socorro de su pariente, está presa, contra el derecho de gentes y lo que exige la dignidad real, y obligada á pasar en una cárcel los años floridos de la juventud... Y, siendo reina, después de sufrirlo todo, las penas más amargas de la cárcel, igual á vulgares delincuentes, ha de comparecer en los estrados de un tribunal, y ser acusada vergonzosamente de un crimen capital.

PAULET.—Como asesino llegó á este país, expulsada por su pueblo, privada del trono, por haberlo manchado con horribles maldades. Vino, después de conspirar contra la dicha de Inglaterra, á traernos los tiempos sanguinarios de la española María, á hacernos católicos, á vendernos á Francia. ¿Por qué se ha opuesto á sus pretensiones á Edimburgo, á renunciar á sus pretensiones á Inglaterra, y abrir con un solo rasgo de pluma las puertas de su prisión? Prefiere verse encarcelada, y los malos tratamientos, á privarse del vano brillo de su título. Y ¿por qué lo hace? Porque confía en las intrigas, en las artes perversas de las conspiraciones, y conquistar con ellas, desde su cárcel, toda esta Isla.

ANA.—Os burláis, señor... A la aspereza añadís la más irritatoria mofa. ¿Cómo había de acariciar tales ilusiones, viviendo aquí encerrada, cuando ni llega hasta ella consuelo alguno, ni voz alguna amiga de su cara patria, no habiendo visto en muy largo tiempo otro rostro humano que el sombrío de su carcelero, y guardándola nuevos cerrojos, desde el día en que vuestro feroz pariente se ha convertido también para ella en nuevo carcelero?

PAULET.—No hay reja que preserve de sus astucias. ¿Tengo acaso seguridad, cuando duermo, de que no se han de limar estos hierros, de que no se horaden este suelo y estas paredes, y de que no triunfen al cabo los traidores? ¿Cargo ominoso es el mío! He de precaverme contra pérfi-

das astucias. El temor me impide dormir tranquilo; y, de noche, como alma atormentada por el remordimiento, he de vagar por todas partes, para cerciorarme de la eficacia de los cerrojos y de la fidelidad de los centinelas, y, temblando, levantarme por la mañana, temiendo la realización de mis sospechas. Sin embargo, por fortuna para mí, creo que esto acabará pronto. Preferiría vigilar á todos los condenados al infierno, y no á esta Reina artificiosa.

ANA.—¡Hela aquí!

PAULET.—¡El crucifijo en la mano, y el orgullo y la voluptuosidad en el corazón!

## ESCENA II.

MARÍA, con un velo, y un crucifijo en la mano, y LOS MISMOS.

ANA. (Corriendo á su encuentro.) — ¡Oh Reina! Nos ultrajan; la crueldad y la tiranía no conocen freno, y á cada instante nuevos sufrimientos é injurias se acumulan sobre vuestra cabeza coronada.

MARÍA.—Tranquilízate. ¿Qué ha sucedido?

ANA.—¡Mirad! Vuestro armario ha sido destrozado; vuestros papeles, vuestro único tesoro, que salvamos con tanto trabajo, el último resto de vuestras joyas nupciales de Francia, están en sus manos. No poseéis ya prenda alguna real. Os lo han robado todo.

MARÍA.—¡Sosiégate, Ana! Mi título de reina no depende de esas bagatelas. Es posible que nos traten con bajeza, no humillarnos. He aprendido á padecer mucho en Inglaterra, y ya esto no me extraña. Os habéis apropiado, caballero, lo que yo misma pensaba entregaros hoy. Entre esos

papeles hay una carta para mi hermana la Reina de Inglaterra. Dadme vuestra palabra de honor de que se la daréis en su propia mano, y nó al desleal Burleigh.

PAULET.—Lo reflexionaré.

MARÍA.—Pondré en vuestro conocimiento su contenido, caballero. Pido un gran favor en esa carta... tener con ella una conferencia, puesto que jamás la han visto mis ojos... Se me ha llevado ante un tribunal de hombres, que no debo calificar de iguales á mi, y á quienes no puedo conceder confianza. Isabel es de mi familia, de mi sexo y de mi rango... Sólo á ella, mi hermana, reina y mujer, puedo confiarme.

PAULET.—Con frecuencia, señora, habéis fiado vuestro honor y vuestro destino de otros hombres, que merecían menos vuestra estimación.

MARÍA.—Pido también otra gracia, que la humanidad no rehusará. Tiempo ha que, en mi prisión, me veo privada de los consuelos de la Iglesia y del benéfico influjo de los Sacramentos; y la que me ha arrebatado la corona y la libertad, y amenaza arrancarme la vida, no querrá cerrarme también las puertas del cielo.

PAULET.—El capellán del castillo accederá á vuestros deseos...

MARÍA. (Interrumpiéndolo con viveza).—¡No quiero á ese capellán! Pido un sacerdote de mi religión. Pido asimismo un escribiente y un notario, para disponer mi testamento. Las penas, las miserias de esta cárcel socavan mi vida. Mis días están contados, según sospecho, y me considero como próxima á la muerte.

PAULET.—¡Hacéis bien! Son ideas muy apropiadas á vuestra situación.

MARÍA.—¿Qué sé yo si alguna mano osada no abreviará el efecto prolongado de mi martirio? Quiero extender mi testamento, y disponer de lo mío.

PAULET.—Libre sois de hacerlo. La Reina de Inglaterra no se enriquecerá con vuestros despojos.

MARÍA.—Me han separado de mis camaristas y servidores... ¿En dónde están? ¿Qué es de ellos? No puedo privarme de sus servicios; pero me tranquilizaré, si averiguo que no sufren dolores ni miseria.

PAULET.—Se les cuida. (Hace ademán de irse.)

MARÍA.—¿Os vais, caballero? ¿Me dejáis de nuevo sin aliviar mi angustiado corazón, lleno de temor, de los tormentos de la incertidumbre? Me veo, gracias á la vigilancia de vuestros espías, aislada en el mundo; ninguna noticia llega hasta mí, atravesando las paredes de mi prisión, y mi destino está entre las manos de mis enemigos. Un mes largo ha trascurrido ya en tan aflictiva situación, desde que los cuarenta comisarios me sorprendieron en este castillo, instalando en él un tribunal con una precipitación inexplicable, sin prepararme, sin abogado, contra toda justicia, obligándome á declarar con arreglo á un interrogatorio artificioso y severo, cuando yo estaba confusa y admirada, y en la imposibilidad de reunir mis recuerdos... Como fantasmas entraron y desaparecieron. Desde entonces, nadie me habla, y procuro en vano leer en vuestras miradas si han triunfado mi inocencia y el celo de mis amigos, ó los pérfidos designios de mis enemigos. Romped al cabo el silencio... Que yo sepa de vuestros labios lo que he de esperar ó he de temer.

PAULET. (Después de una pausa).—Arreglad vuestras cuentas con el cielo.

MARÍA.—Confío en su gracia, caballero... y en la justicia rigurosa de mis jueces en la tierra.

PAULET.—Serán justos, no lo dudéis.

MARÍA.—¿Se ha fallado mi proceso?

PAULET.—No lo sé.

MARÍA.—¿Me han condenado?

PAULET.—Nada sé, señora.

MARÍA.—La precipitación es preferida aquí. ¿Me sorprenderá acaso el verdugo, como los jueces?

PAULET.—Creedlo siempre así, y os encontrará mejor dispuesta que ellos.

MARÍA.—Nada me extrañará, caballero. De todo es capaz el tribunal de Westminster, dócil á las sugestiones, llenas de odio, de Burleigh, y al celo de Hatton. Tampoco ignoro hasta dónde puede llegar la Reina de Inglaterra.

PAULET.—Los Monarcas de Inglaterra sólo atienden á su cjeciuita y á su Parlamento. Lo que acuerde la justicia, lo ejecutará el poder, sin miedo alguno, á la faz del mundo.

### ESCENA III.

LOS MISMOS; MORTIMER sobrino de PAULET. se presenta, y, sin reparar en la Reina, habla con su tío.

MORTIMER.—Os buscan, tío. (Aléjase; la Reina lo observa descontenta, y se vuelve hacia Paulet, que hace ademán de seguirlo.)

MARÍA.—¡Oid, caballero, otra súplica! Si tenéis algo que decirme... Mucha es mi paciencia con vos, por respeto á vuestra edad; pero me es intolerable la insolencia de ese joven: libradme, pues, de su grosería.

PAULET.—Lo que en él os repugna, lo realza á mis ojos. No es, de seguro, de esos débiles insensatos, á quienes enternecen las lágrimas falaces de las mujeres... Ha viajado, viene de París y Reims, y regresa con su mismo corazón de rancio inglés. ¡Con él son vanas vuestras artes! (Vase.)

### ESCENA IV.

MARÍA y ANA.

ANA.—¿Que así se atreva ese descomedido á hablarnos cara á cara? ¡Oh, es cosa terrible!

MARÍA (Absorbida en sus reflexiones).—En nuestros días afortunados, prestamos atento oído á los aduladores. Justo es que hoy, buena Ana, oigamos la voz austera de la verdad.

ANA.—¿Cómo? ¿Tan humilde, tan resignada, querida señora? Antes os mostrabais alegre y soliais consolarme, y yo os reconvenía, más bien por vuestra frivolidad, que por vuestra tristeza.

MARÍA.—La conozco... Es el espectro ensangrentado de Darnley, que se levanta colérico de la tumba, y que no sosegará hasta colmar la medida de mis desdichas.

ANA.—¡Qué idea!

MARÍA.—Lo has olvidado, Ana... pero yo tengo buena memoria... Hoy es el día aniversario de esa calamidad, y por eso lo consagro al ayuno y á la penitencia.

ANA.—Dejad en paz ese alma en pena. Lo habéis expiado largos años con vuestro arrepentimiento, con desdichas y graves dolores. La iglesia, que puede absolver los pecados, y el cielo juntamente, os perdonaron ya.

MARÍA.—Destilando sangre reciente, surge de su tumba mal resguardada esa falta, perdonada ha largo tiempo. Ni la campana de la misa, ni la absolución venerada del sacerdote pueden devolver á su sepulcro el espectro del esposo asesinado.

ANA.—¡V. M. no lo asesinó! Otros lo mataron.

MARÍA.—Pero yo lo supe. Lo consentí, y lo atraje con halagos á las asechanzas de la muerte.

ANA.—La juventud excusa vuestra falta; ¡vuestra edad era entonces tan tierna!

MARÍA.—¡Tan tierna!... y, sin embargo, eché ese peso sobre una vida que comenzaba en sus albores.

ANA.—Injurias mortales os excitaron á cometer esa acción, y la insolencia de vuestro esposo, á quien vuestro amor arrancó de la oscuridad como por milagro, y lo elevasteis al trono, después de atravesar vuestro aposento nupcial, haciéndolo dueño de vuestra persona, llena de encantos, y de vuestra corona patrimonial. ¿Debió olvidar jamás que su destino brillante era la obra de vuestro generoso amor? ¡Y el indigno lo olvidó! Ultrajó á V. M. con sospechas ofensivas, injurió con su grosería vuestra ternura, y se hizo antipático á su esposa. Desvaneciósese e hechizo que os sedujera, y colérica, evitasteis los abrazos de ese infame, y lo despreciásteis... Y él... ¿intentó siquiera recobrar vuestro cariño? ¿Os pidió perdón? ¿Se arrojó á vuestros pies, prometiendo enmienda? Os desafió cruel... Hechura vuestra, quiso ser vuestro Rey, é hizo matar en vuestra presencia á vuestro favorito, el bello cantor Rizzo... Vengasteis con sangre otro crimen sangriento.

MARÍA.—Y será vengado por una sentencia de muerte. Por consolarme, me condenas.

ANA.—Cuando se cometió ese delito no erais ya la misma, no os perteneciais. Una pasión loca y ciega os arrastraba, encadenándoos á ese horrible seductor, á ese desdichado Bothwell. Este hombre atroz os dominaba por el terror de su imperiosa voluntad, y os había extraviado, inspirándoos el delirio por el empleo de hechizos y artes diabólicas...

MARÍA.—Sus artes no fueron otras que su energia varonil y mi debilidad.

ANA.—¡No, os digo! Había llamado en su auxilio á todos los espíritus infernales, enlazando en sus vínculos vuestra alma inocente. Vuestros oídos se habían cerrado á todos los avisos de la amistad; vuestros ojos no veían ya las manifestaciones de la decencia. Habiais renunciado á vuestra púdica reserva ante los hombres; en vuestras mejillas, en otro tiempo mansión del rubor y de la vergüenza, sólo brillaba el ardor de las pasiones. Tirasteis el velo del misterio; el libertinaje violento de ese hombre había triunfado de vuestra timidez, y con osada frente, ofreciais en espectáculo vuestra propia afrenta. Permitiais que la espada real de Escocia fuese llevada por este hombre, por este asesino, acompañándole las maldiciones del pueblo, en triunfo delante de V. M., y que vuestros soldados cercasen en armas el Parlamento, y allí, en el templo de la justicia, y en virtud de una indigna farsa, obligasteis á los jueces á absolver al reo. Fuisteis aún más allá... Dios...

MARÍA.—¡Acaba, pues! Y le di mi mano ante el altar.

ANA.—¡Oh! ¡Que un silencio eterno oculte esa acción! Es horrible, repugnante, propia sólo de una mujer perdida... Sin embargo, V. M. no lo es... Lo sé bien, porque os he criado desde vuestra infancia. Vuestro corazón es débil é inclinado al pudor... La ligereza es sólo vuestra falta. Lo repito; hay espíritus infernales, que se insinúan en los corazones confiados, por un momento, que mueven sus cuerdas más horribles, huyen después al Averno, y graban su estigma en horrenda mancha. Desde ese hecho, que ha llenado de luto vuestra vida, no habéis cometido acto alguno censurable, y yo soy testigo de vuestra enmienda. ¡Animaos, pues! ¡Reconciliaos con vuestra conciencia! Si tenéis algunos escrúpulos, en Inglaterra no habéis delinquido; ni Isabel ni el Parlamento de Inglaterra son vuestros jueces. Estáis aquí bajo la opresión de la fuerza.

Presentaos ante este tribunal incompetente con todo el valor del justo.

MARÍA.—¿Quién viene? (Mortimer se presenta en la puerta.)

ANA.—¿Es el sobrino! ¡Entrad!

### ESCENA V.

Los mismos, y MORTIMER, que entra con temor.

MORTIMER. (A la nodriza).—¡Alejaos, y haced centinela en la puerta! Tengo que hablar con la Reina.

MARÍA. (Con firmeza).—¡Quédate, Ana!

MORTIMER.—¡Nada temáis, señora! ¡Conocedme mejor! (Dale una carta.)

MARÍA. (Que la mira, y retrocede admirada).—¡Ah! ¿Qué es esto?

MORTIMER. (A Ana).—¡Idos, Ana, y cuidad de que mi tío no nos sorprenda!

MARÍA. (A Ana, que vacila, é interroga con sus ojos á la Reina).—¡Véte, véte! Haz lo que te dicen. (Ana se aleja admirada.)

### ESCENA VI.

MORTIMER y MARÍA.

MARÍA.—¿De mi tío, del Cardenal de Lorena, de Francia! (Lee.) «Fiaos de sir Mortimer, portador de ésta, vuestro amigo más fiel de Inglaterra.» (Mirando á Mortimer sorprendida.) ¿Es posible? ¿No es una ilusión que me engaña? ¿Tan cerca de mí un amigo, y me creía abandonada de todos?...

¡Y lo sois vos, sobrino de mi carcelero, mi enemigo más encarnizado?

MORTIMER. (Echándose á sus pies).—Perdonadme, oh Reina, que haya tomado esta odiosa máscara; me ha costado terrible lucha, pero á ello debo también el haberme proporcionado el medio de acercarme á V. M., para ayudar á salvaros.

MARÍA.—¡Levantaos!... Me sorprendéis, caballero... No puedo pasar tan pronto de reina del dolor á la de la esperanza... Hablad... Explicadme esta dicha, para que yo la crea.

MORTIMER. (Levantándose).—El tiempo huye. Pronto vendrá aquí mi tío, acompañado de un hombre odioso. Antes que os sobrecojan con su horrible comisión, oid cómo el cielo se dispone á libertaros.

MARÍA.—Un milagro de su omnipotencia.

MORTIMER.—Dadme permiso para que yo comience á hablaros de mí.

MARÍA.—¡Hablad, caballero!

MORTIMER.—Contaba yo veinte años, señora, y había recibido una educación austera, y mamado con la leche el odio al Papa, cuando una inclinación irresistible me arrastró al Continente. Dejé atrás de mí las predicaciones sombrías de los puritanos; al abandonar mi patria, atravesé con celeridad á Francia, y visité ansioso la famosa Italia.

Era entonces la época de una gran fiesta de la Iglesia; los caminos, llenos por todas partes de peregrinos; todas las imágenes de los santos estaban coronadas de flores, como si la humanidad se dirigiese al cielo... La corriente de esta muchedumbre piadosa me llevó consigo á Roma...

¿Qué sentí yo, oh Reina, cuando mis ojos contemplaron las soberbias columnas y los arcos de triunfo, la maravillosa magnificencia del Coliseo, y las sublimes creaciones del arte, en un mundo de ideales portentosos? Nunca había